

# I

## LA OLA ES EL MAR La naturaleza de la experiencia mística

---

*Para muchos, la palabra mística suena a algo irracional y a secretismo; por lo menos, a algo que no es apto para personas ilustradas. ¿Cómo reacciona usted ante estos prejuicios?*

En efecto, la imagen del misticismo se ha distorsionado mucho en Occidente. Algo de beatería y exotismo, de misterio y de santidad elitista parecen ir asociados a esta palabra, pero, precisamente, el misticismo no es nada de todo esto. Por ello es importante aclarar, en primer lugar, lo que es realmente la mística, a saber, nada más que la realización de la realidad.

*¿Realización de la realidad? Suena como si hubiera que realizar la realidad ex profeso.*

Aunque parezca mentira, así es, exactamente. La realidad que tomamos por real no es la realidad real. La realidad real se nos revela tan sólo cuando abandonamos nuestra consciencia egóica cotidiana y entramos en una esfera más alta de la mente. Ésta se podría denominar consciencia transpersonal, a diferencia de la consciencia personal de la esfera egóica.

*Así pues, la experiencia mística es algo así como el salto a un nivel más elevado de la consciencia. ¿En qué consisten estos niveles de consciencia?*

Muchos representantes de la psicología más avanzada reconocen diferentes niveles de consciencia. Tenemos por ejemplo a Jean Gebser, uno de los pioneros de la investigación del desarrollo de la consciencia. Un análisis muy diferenciado ha sido realizado por Ken Wilber, investigador americano de la mente. Distingue entre los niveles prepersonal, personal y transpersonal, clasificando este último nivel nuevamente en capas de mente sutil, causal y cósmica. El nivel mental prepersonal o prerracional es la etapa de la percepción corporal y sensitiva, de las emociones, de conocimientos simples en forma de imágenes, así como de conocimientos simbólicos y representaciones míticas, pero careciendo de un conocimiento claro. En el nivel mental personal se trata de nuestra consciencia del *yo*; es nuestra consciencia cotidiana con su racionalidad y lógica claras, es el nivel de las ciencias y de la investigación universal conceptual. En el nivel mental transpersonal la persona sobrepasa su consciencia del *yo*, queda inmersa en una realidad que trasciende nuestro *yo*. En el nivel sutil esto se da en forma de imágenes y símbolos; es el nivel de las visiones y de las profecías. En el nivel causal ocurre la experiencia de unidad con alguien que está frente a mí: por ejemplo con un Dios personal, independientemente de que se le llame *Purusha*, *Brahman*, *Yahvé* o *Alá*.

*¿Y qué ocurre en el nivel de la mente cósmica o transpersonal?*

Es en el nivel de la mente cósmica donde tiene lugar la auténtica experiencia mística: la experiencia del vacío, de la “divinidad” sin atributos. Aquí es donde la persona experimenta “*el ser desnudo*”, el origen del que todo pro-

viene. Es el nivel anterior a todo lo que emerge. Por eso, “*el ser desnudo*” no es un ser que tenga sustancia alguna. Dionisio Aeropagita lo ha expresado de manera maravillosa en este poema: “*El primer origen de todo no es ni ser ni vida. Pues fue él quien creó ser y vida. El primer origen tampoco es concepto o razón. Pues fue él quien creó concepto y razón*”. La experiencia mística es la experiencia de que Forma y Vacío son uno, la vivencia de unidad de la propia identidad con la realidad primera. Este nivel mental es la meta del camino espiritual. Es la experiencia mística, y quien la hace será después una persona diferente. Sus ideas religiosas habrán cambiado. En cierto modo, la consumación de este paso significa morir, por lo que en la tradición de los místicos se habla de “la muerte del *yo*”.

***Esto suena como si el ego fuera un mal del que la persona debiera liberarse.***

No, no se refiere a esto. En la mística no se trata de eliminar el ego y de luchar contra él. Tan sólo se quiere mostrarle sus límites y darle la importancia que le corresponde. Por eso, el místico se esfuerza en reconocer al ego como lo que es realmente: un centro de organización para la estructura personal de cada individuo. Este centro de organización resulta imprescindible para nuestra vida, nos convierte en seres humanos, y esto es algo que se sobreentiende en la mística. Pero gracias a la experiencia mística la persona ya no se identifica con ese *yo* superficial y, en consecuencia, queda libre para experimentar una realidad en la que el ego deja de ser el factor dominante.

***¿No abandona usted con esto el pensamiento occidental? Al contrario de lo que ocurre en la espiritualidad oriental, en Occidente atribuimos al yo una importancia mucho mayor. Parece que en este aspecto nos encontramos ante una diferencia entre las distintas tradiciones espirituales.***

No se trata tanto de una diferencia entre la espiritualidad occidental y la oriental como entre mística y no mística. En Eckhart y en Juan de la Cruz encontramos declaraciones equivalentes a las de los maestros orientales de sabiduría. Para ellos, el ego es un conglomerado de condicionamientos que se han incorporado a nuestra psique a lo largo de la vida. Durante años vamos construyendo una identidad que llamamos *yo*. La casa paterna, la escuela, la religión, la sociedad, la pareja, los amigos, los ideales, miedos, deseos, prejuicios e ilusiones han aportado su contribución. Nos identificamos con ese conjunto de patrones. Defendemos nuestro *yo* con ira y miedo. Lo enjuiciamos y condenamos, en nosotros y en los demás. Nos enorgullecemos de él y nos culpabilizamos por él. Con todo ello, la ilusión del ego va en aumento. Pero en el fondo el *yo* carece de sustancia. Consiste en un cúmulo de cosas aprendidas y no es más que un centro de funcionamiento utilizado como instrumento por nuestra naturaleza esencial. Se disolverá con nuestra muerte; lo que quedará entonces será nuestra verdadera identidad divina. Que permanezca o no un contínuum individual después de la muerte carece de importancia para mí. Lo que sigue a la muerte es la vida divina, que no nace y no puede morir. Ésa es mi identidad auténtica.

### *¿Y esto se puede experimentar con la mística?*

Con ella se experimenta que el ego es una manifestación de la realidad originaria, igual que todo lo demás. Pero por eso el ego no es “menos yo”, sino “más yo”. Por esta razón los místicos no viven la relegación de su *yo* como una pérdida. Les parece algo mucho más valioso que no permite ni siquiera la idea de pérdida. Por lo tanto, casi siempre son personalidades muy fuertes. El ego de muchos místicos del pasado era tan pronunciado que preferían subir a la hoguera antes que traicionar sus convicciones.

***Dudo que las personas de hoy día estén preparadas para relegar su ego. Nuestra cosmovisión, nuestra disposición existencial y el orden de nuestra sociedad escriben el yo con letras mayúsculas. ¿Cómo concuerda este espíritu de la época con el camino de la mística que usted describe?***

El espíritu de la época no es el único que concede al *yo* una gran importancia. También la pedagogía religiosa nos ha enseñado durante siglos que debemos comportarnos de un modo determinado para estar justificados ante Dios, bien mediante obras buenas, o bien mediante una fe imperturbable. En ambos casos se nos pide cumplir ciertas condiciones a causa de nuestro *yo*. La mística dice lo contrario: abandona toda forma de hacer. Según ella, en la vida no se trata de justificación, ni de contentar al *yo*, ni de autorrealización. Se trata exclusivamente de descubrir lo efímero de todo proyecto motivado por el ego, incluso, o más aún, los proyectos religiosos. En el ejercicio contemplativo se trata de relegar a un segundo plano incluso la voluntad, por buena que ésta sea. Mientras se realicen obras o se reciten credos para ganar méritos con ellos, no se está en el camino de la mística, sino en el esquema del “doy para que me des.” La mística no va en contra de la voluntad, sino que pone de relieve que ésta es incapaz de trascender el espacio personal.

***Esto no se corresponde con la ética del rendimiento, característica del espíritu de esta época.***

Si, pero sería demasiado simple echar la culpa al espíritu de la época sin tener en cuenta que sigue una tendencia conocida en todas las religiones establecidas: la tendencia a crear estructuras que preparen el camino para este trueque espiritual. Siempre que se dicten normas o se proclamen credos salvadores existe la gran tentación de usar dichas normas y credos para sosegar al ego. Lejos,

pues, de desprendernos del ego, éste se ve fortalecido. Más aún, entra en una cárcel que se construye a sí mismo, en la que acaba dando vueltas sin parar.

***Suena como una crítica a la religión.***

En las religiones se distinguen diferentes peldaños y cada uno tiene su razón de ser. Lo que resulta lamentable es quedarse estancado en uno de ellos y tomarlo por la religión entera. Esto ocurre justamente cuando al *yo* le basta con el seguimiento de las directrices éticas y de las verdades de fe de una religión, y espera que los demás hagan lo mismo. Pero en el camino espiritual de la mística estos peldaños deben quedar atrás. El camino nos conduce a un nivel transconfesional en el que la palabra “creo” se vuelve certeza mediante la experiencia, en la misma medida en que se relega la fijación en el *yo*. Se tratará de las mismas verdades, pero en cada peldaño se interpretarán de forma diferente. Esto es así en todas las religiones, en el budismo y en el hinduismo, igual que en el islam y en el cristianismo.

***Si le entiendo bien, este paso del nivel confesional al transconfesional equivale al ascenso desde la consciencia personal a la transpersonal. Y, además, lo ha descrito usted como el despertar desde el adormecimiento a la realidad. ¿Cómo encaja todo esto?***

Según en qué nivel de la consciencia nos encontremos se nos presentará un aspecto diferente de la realidad. Reconoceremos un nivel de consciencia más alto cuando nos demos cuenta de que lo que anteriormente nos pareció ser la realidad entera sólo es una parte de la realidad. La mayor parte de la humanidad se encuentra en el nivel intelectual o mental de la consciencia, por lo menos desde los tiempos de la Ilustración, o incluso antes. Este nivel

se caracteriza por el fuerte dominio de la consciencia egóica, que cree estar frente a un mundo objetivo que puede ser reconocido y dominado gracias a la razón. Una forma relevante de esta consciencia es el teísmo, del que ya hemos hablado, y también se manifiesta con especial fuerza en la moderna visión científica y positivista del mundo. Quien se mueve en ella se contenta con unas explicaciones meramente bioquímicas y psicológicas de todos los procesos vitales.

***¿De modo que la visión científica del mundo empobrece la realidad?***

El centro y punto cardinal de la existencia humana para los positivistas es el cerebro que, gracias a unos procesos neurológicos complejos, produce, según ellos, la consciencia. La mística asegura lo contrario: no es el cerebro el que produce la consciencia, sino que ésta crea formas y, asimismo, un cerebro. En consecuencia, en primer lugar, no somos un sistema celular bioquímico complejo, sino espíritu: espíritu que se da a sí mismo tan sólo una de las formas posibles de la consciencia mental del ego, sin que sea idéntico á ella. El intelecto es una manifestación concreta del espíritu, y el cerebro no es otra cosa que la densificación material de energía espiritual. Pero, más allá de sus manifestaciones y densificaciones, la realidad espiritual se experimenta a sí misma en la experiencia mística. En ella el espíritu se encuentra a sí mismo, por así decir, mientras que en el nivel racional, con su dualismo de sujeto-objeto, sigue estando separado de sí.

***¿Mientras que la mística suspende ese dualismo?***

El nivel de la consciencia de la mística es transpersonal. Allí, ya no hay ningún *yo* como sujeto independiente frente a un mundo objetivo, sino que se experimenta en uni-

dad con él y con una relevancia distinta. Esta explicación no tiene nada que ver con el misticismo sino que coincide esencialmente con los conocimientos de los científicos actuales. A nadie se le pide que crea algo completamente fantástico e imposible. Pero si, a pesar de todo, alguien niega rotundamente la existencia de este nivel transpersonal de la consciencia, se cierra a sí mismo, de entrada, el acceso a la mística. Será imposible convencerle de esta verdad con argumentaciones, pues la mística no es cosa de fe sino de experiencia. Carl G. Jung lo expresó muy claramente así: *“La experiencia religiosa es absoluta. Se escapa a cualquier discusión. Lo único que se podrá decir es que nunca se ha tenido esta experiencia, y la otra persona dirá: “lo siento, pero yo sí la he tenido.” Y, con ello, la discusión ha terminado. Carece de importancia lo que el mundo opine sobre la experiencia religiosa; quien la tiene posee el gran tesoro de algo que se ha convertido para él en fuente de vida, sentido y belleza, proporcionando un brillo nuevo al mundo y a la humanidad”*. (C.G. Jung: *Zur Psychologie westlicher und östlicher Religion, tomo II, Olten 1971, pág. 116*).

***¿Pero no hay ninguna posibilidad de convencer a las personas de la realidad del espacio transpersonal de la consciencia?***

En el cristianismo utilizamos para este problema el concepto de gracia, lo que significa que es imposible sacudir desde fuera a una persona que piensa de forma materialista. ¿Y cómo podría tener éxito esa sacudida? Porque es como si a esa persona le faltara el sentido de la dimensión mística. Hablarle de ella sería como intentar explicarle los colores a un ciego. No es posible. No se puede captar la realidad transmental con medios mentales, y no podemos hacer nada más cuando tratamos con personas apegadas al nivel mental. A nadie se le puede convencer de la realidad del espíritu, no hay argumentos para ello. La



puerta tendrá que abrirse desde dentro, por así decir. Por ejemplo, como ya hemos visto antes, cuando debido a una crisis existencial quede en entredicho la entera visión del mundo que se ha tenido hasta entonces.

***¿No es esto una capitulación ante la pretensión de los positivistas de estar en la verdad?***

No. Como mucho será una capitulación ante la necesidad, una de las insensateces mayores a la que se deja arrastrar la humanidad. Positivistas empedernidos se mutilan a sí mismos, por así decir, si se empeñan en cerrar los ojos al hecho de que la realidad es más amplia y rica que aquello que se puede medir, pesar y contar. Hans-Peter Dürr, que desde luego está libre de toda sospecha de ser anticientífico, dijo: *“Un profano tiene ideas mucho más optimistas de lo que es posible comprender gracias a las ciencias. Lo que a mí me enseñan las ciencias es a reconocer los límites del pensamiento científico. Esto no significa tirar las ciencias por la borda... Todos estamos conectados a esas fuentes de las que, a fin de cuentas, tendrán que venir las soluciones”.* (W. Ebert: *Evolution, Kreativität und Bildung*, Trostberg 1995, pág. 149). Estas fuentes son el ámbito de la consciencia transpersonal.

***Ha dicho que la fijación en el nivel mental es un fenómeno de los tiempos modernos. Esto da la impresión de que la humanidad en su conjunto ha pasado por diferentes niveles de la consciencia.***

Y seguirá pasando por ellos. Existe efectivamente una evolución de la consciencia, como lo han mostrado Gebser, Wilber y otros. Provenimos de una preconsciencia arcaica y, a partir de ella, hemos seguido desarrollándonos hacia la consciencia mágica, de la que se encuentran todavía huellas en las leyendas mitológicas de las cul-

turas antiguas, en los cuentos, y en algunos pueblos primitivos aún existentes, de los que nos informan los etnólogos. Pero luego la humanidad llegó a un punto en el que ya no consiguió interpretarse a sí misma y al mundo en ese nivel de la consciencia. Así que la consciencia pasó a alcanzar el nivel mítico. En ese nivel existía un cielo con divinidades –o también tan sólo un único Dios– que organizaban y protegían el mundo. O sea, nacieron las religiones que aún siguen rigiendo y dando forma, hoy en día, a la vida de muchas personas. Pero han pasado los tiempos en que la consciencia mítica religiosa abarcaba todos los ámbitos existenciales. Se alcanzó un nuevo nivel de la consciencia, el mental, que desde hace algunas generaciones domina nuestra comprensión del mundo y la de nosotros mismos. Pero ahora nos damos cuenta de que las características actuales de nuestra capacidad mental tiene un límite. Alcanzamos un umbral al que podremos acercarnos cada vez más gracias a nuestra razón científica y técnica, pero que no lograremos traspasar. Con lo cual hemos llegado a un punto en que nos vemos en la necesidad de liberar las potencialidades que aún están ocultas en nosotros, para aprender más sobre lo que es verdaderamente la realidad. La liberación de la capacidad oculta de la consciencia reside en el espacio transpersonal de ésta: es la mística.

*Suena como si la mística fuera el producto tardío, o incluso final, de una evolución milenaria de la consciencia. Esto resulta frustrante, ya que los testimonios de la mayoría de los grandes místicos datan de hace cientos de años. Buda vivió hace 2500 años, el Maestro Eckhart hace 800.*

Cierto, pero esto no es un argumento en contra de la hipótesis de una evolución de la consciencia. Si partimos de la base de que, desde los albores de la humanidad, nuestra mente ha estado provista de una facultad mística,

resulta tan sólo natural que siempre haya habido algún que otro individuo que haya sido algo así como precursor de experiencias místicas. Pero, en total, se trata de un número muy reducido. Desde luego, en la historia no se aprecian indicios que hagan suponer que la humanidad en su totalidad haya desarrollado una comprensión mística del mundo y de sí misma. Pero existen motivos para pensar que está encaminada hacia ella.

### *¿Cuáles serían estos motivos?*

Según las investigaciones llevadas a cabo por Jean Gebser, nuestra consciencia se ha ido desarrollando. Hace 4.500 millones de años se formó nuestro sistema solar. Fue hace 600 millones de años cuando surgió la primera vida en la tierra. Hace 370 millones de años salió de las aguas un reptil, del que proceden todos los vertebrados. El ser humano se desarrolló hace 3 millones de años a partir de una especie de simio. ¿Por qué ha de finalizar la evolución precisamente ahora?

*Ya hemos hablado mucho de las experiencias místicas. También ha dicho usted que en realidad no se puede hablar de ellas, puesto que se dan en un nivel de la consciencia que no es posible reflejar adecuadamente con los medios mentales, conceptos y lógica, de nuestro lenguaje. Pero, aún así, los místicos siempre han intentado lo imposible: expresar sus experiencias en palabras e imágenes. Me gustaría que usted también lo intentara.*

Ante todo quisiera decir que los místicos se sirven siempre de imágenes y símbolos, pero esto ocurre sólo con posterioridad a la experiencia. El maestro chino Foyan dijo: *Cuando las personas utilizan palabras para describir el espíritu, no lo han entendido, pero cuando prescinden de las palabras para describir el espíritu, tampoco lo han entendido.*

## ¿Por qué?

Porque toda imagen, símbolo y lenguaje sobre el ser están sujetos a cambios constantes, mientras que lo divino permanece inmutable. Eckhart dijo: “*Si tuviera a un Dios a quien pudiera conocer, no le consideraría como Dios*”. (sermón 52). Así se puede entender por qué Juan de la Cruz dijo de Dios: “*Nada, nada. Ni esto, ni aquello*”. Más no se puede decir de Dios. Los místicos de todas las religiones están de acuerdo sobre este hecho. En el zen se recita el texto llamado Daio Kokushi, que dice: “*Hay una Realidad que precede cielo y tierra. No tiene forma, mucho menos nombre. Para los ojos es invisible. Carece de voz; para los oídos inaudible*”. Y más adelante prosigue: “*Oh, mis queridos y excelsos amigos aquí reunidos, si anheláis escuchar la voz de trueno del Dharma, dejad que se agoten vuestras palabras y vaciad vuestros pensamientos, entonces podréis llegar a caer en la cuenta del ser Uno*”.

***De modo que tenemos que hacer caso de la famosa frase de Wittgenstein: “De lo que no se puede hablar habrá que callar”.***

La única salida que queda es, como ya se ha dicho, la utilización de metáforas, parábolas e imágenes. Me gusta servirme de la siguiente representación: Si nos imaginamos la Realidad primera como un océano inmenso, nosotros somos algo así como las olas de ese mar. Si la ola tiene la experiencia “soy el mar”, aún hay dos: ola y mar. Pero en la experiencia mística se traspasa también ese dualismo. El *yo* de la ola se diluye y en su lugar el mar se experimenta como ola. Se experimenta en la unidad de ambos y como unidad de ambos. Este paso no lo lleva a cabo el místico, sino que le sucede. Ya no mira la realidad como un ente frente a él; no la ve, por así decir, desde el exterior sino que la experimenta desde el interior. Utilizando esta

imagen, experimenta que todo es ola y océano a la vez. Todo es manifestación de la Realidad Una. Y, como todo es revelación de la misma realidad, también hay una compenetración absoluta de todo. El mar son todas las olas, y todas las olas son una unidad. Todo es cosmos, y todo en él es la manifestación del mismo ser cósmico. Pero esto lo experimenta el místico precisamente al cesar toda diferenciación entre él y las manifestaciones del ser.

La mística no está más allá de Dios y del mundo. La mística es Dios y mundo, una unidad indivisible. Pero esto no significa la abolición de la tensión entre los dos polos. Es la tensión entre un extremo de la vara y el otro. Es la tensión entre mar y ola, entre rama y árbol. Por eso, tampoco se consideran equivalentes Dios y ser humano. El mar se revela como ola. Uno puede dirigirse separadamente al mar y a la ola, pero su esencia es agua. La mano tiene dos caras. Mirándolas con la razón, habrá que mirar primero una cara y luego la otra. Desde el interior, ambas caras se experimentan como una. Por ello, se trata al mismo tiempo de la experiencia del completo vacío y de la plenitud total.

***La palabra “vacío” tiene un sentido negativo para muchas personas, porque la consideran un término irritante de la espiritualidad oriental, que se utiliza en oposición al encuentro personal con el Dios de la mística occidental.***

El vacío es paso, pero no meta. La meta siempre es vacío y forma, como se dice en el zen. Nirvana no es la disolución en una papilla universal. Nirvana es la experiencia del aquí y ahora, y no un estado en un futuro lejano. El vacío no está vacío. Deberíamos acabar con tres prejuicios contra la mística oriental. El primero es el reproche de quedarse estancado en el vacío. Esto en el zen se llamaría “un zen muerto”. Pero en vez de vacío se podría decir igualmente plenitud. Allí ya no hay ningún ser sepa-

rado, sino solamente la experiencia cósmica de “ser con”. Todos los místicos dan testimonio de esta experiencia.

El Maestro Eckhart escribe en sus Pláticas Instructivas: *“Quien posee a Dios así en su esencia lo toma al modo divino, y Dios resplandece para él en todas las cosas; porque todas las cosas tienen para él sabor de Dios y la imagen de Dios se le hace visible en todas las cosas. Dios reluce en él en todo momento, y en su fuero íntimo se produce un desasimiento liberador y se le imprime la imagen de su Dios amado y presente”*. Y Ramana Maharshi dice del iluminado: *“El perceptor percibe directamente por la percepción de Dios”*. Éxtasis, raptos y visiones no son la meta de la mística, todo ello no es más que tránsito. Juan de la Cruz no deja lugar a dudas al decir: *“De aquí vienen los arrobamientos y traspasos y descoyuntamientos de huesos, que siempre acaecen cuando las comunicaciones no son puramente espirituales, esto es, al espíritu sólo, como son las de los perfectos purificados ya por la noche segunda del espíritu, en las cuales cesan ya estos arrobamientos y tormentos de cuerpos, gozando ellos de la libertad del espíritu, sin que se añueble ni trasponga el sentido”*. (Noche Oscura, L 2, 12)

### **Ha hablado de un segundo prejuicio.**

También deberíamos dejar de echarle en cara a la mística oriental que predica la autosalvación. En la mística, salvación es “conocer” o “experimentar” la realidad, que es un don que recibe la persona capaz de desasirse. Tan sólo por el desasimiento se llega a la realidad siempre presente, no oscurecida por el *yo*, pero nunca mediante la realización de acto alguno. Somos, más bien, los cristianos los que estamos educados para ganarnos el cielo mediante obras buenas.

### **¿Y cuál sería el tercer prejuicio?**

Pensar que la experiencia mística es subjetiva. Únicamente resultan subjetivas la transmisión y la expresión de

la experiencia. Quien haya tenido una experiencia mística profunda reconoce lo Uno y Verdadero debajo de toda expresión verbal y representación ilustrada, con la condición de que realmente describa una experiencia de esta índole. Tengo un libro con 1.200 haikus (estrofa japonesa de tres versos sin rima que suman diecisiete sílabas). Son muy distintos entre sí, pero en cada una de las poesías reluce lo Uno que se experimentó de manera inconfundible. Nadie puede simular lo que no ha experimentado. Es un disparate imperdonable decir que entonces toda persona tendría su propia religión. Se experimentó lo Uno y fue expresado de manera inconfundible de acuerdo con la personalidad de cada cual.

***¿Teniendo en cuenta lo anterior, podría hablarnos también de sus propias experiencias?***

Quiero sumarlas a las experiencias de las personas con las que voy caminando. Pero nunca hay que olvidar que siempre se trata de descripciones a posteriori. Por este motivo volverá a aparecer siempre de nuevo la palabra “yo”, aunque en la experiencia en sí no hay ningún yo. Veamos: *Vacío que no es vacío, del cual provienen sonidos, colores, sentimientos y pensamientos. Se trata de un metavacío o de un vacío supracósmico. Yo y vacío se han fundido. –Vacío, divinidad, nada; también podríamos decir plenitud. Es la plenitud que está preñada de toda posibilidad. Contiene todo potencial y es origen y creación. – Aceptado, en casa, nada falta. Risa, pero no es reír sobre algo, es simplemente risa. –Dicha, pero no es sentirse dichoso debido a algo. Amor ilimitado, pero no es “Te quiero”. Paradójicamente, he aquí que no hay ni amor, ni odio, ni vida, ni muerte, ni tú, ni yo, no hay fronteras, ni espacio, ni tiempo. –ELLO va de la mano de ligereza, naturalidad y libertad. –Ha quedado suspendida toda polaridad. Nada resulta absurdo, todo lo contrario, todo es muy natural. He ahí el golpe del tambor. Los sonidos caen de la nada cual perlas y desaparecen. No hay interior, no hay exterior. Un trago de zumo, y no*

*hay nada más que el sabor intenso.—Andar, sólo este paso. ELLO anda, ELLO ve, ELLO siente, por absurdo que suene. ELLO piensa. También los pensamientos surgen cual perlas y van perdiéndose nuevamente.—*

Esa es mi experiencia, pero se manifiesta en todo lo que estoy explicando aquí y en lo que he escrito. Por eso mis palabras parecen a menudo insólitas y, en consecuencia, dan lugar a interpretaciones erróneas. Surgen de un nivel distinto y, al decir esto, no me refiero a una consciencia elitista. Pero no podría hablar de otra forma sin traicionar mi experiencia.

***Lo que acaba de describir, ¿corresponde a lo que tradicionalmente se denomina “unión mística”?***

Sí. “Unión mística” es la expresión cristiana para designar esta inmersión en lo Uno cósmico, transmental y transpersonal. En otras religiones y culturas se han ido cristalizando términos distintos para designar la misma experiencia: vacío, iluminación, liberación, satori, nirvana, samadhi y otros más. Pero siempre se trata de la misma experiencia del ser desnudo, donde todo es como es y, tal como es, es también completo. Pero este ser desnudo no es ninguna sustancia. Allí no se es feliz o no feliz, ni contento o descontento, ni alegre, ni triste. “Estoy contento” supondría ya una recaída en el nivel del ego. En la consciencia cósmica no hay bienaventuranza, ni felicidad en el sentido de un sentimiento. Porque los sentimientos siempre son sentimientos de un *yó*. Sólo hay alegría, pero no “estoy alegre”; o sólo hay felicidad, pero no “soy feliz”; hay éxtasis, pero no “me siento extasiado”. A quien haya trascendido el *yó* le parecerán relativos todos los demás niveles de la consciencia, mientras que la consciencia cósmica es un conjunto armonioso de plenitud absoluta. Es la consumación de todos nuestros anhelos. ¿Y por qué no puede ser la meta de todos los seres? ¿Por qué no llamarla “cielo”?



***Hay personas que afirman que la experiencia mística cristiana es superior a la espiritualidad de otras religiones. ¿Estaría usted de acuerdo?***

Desde luego que no. Si leo las poesías de Juan de la Cruz no encuentro ninguna diferencia con las experiencias místicas de otras religiones. Quisiera recalcar sobre todo dos de sus poesías: “*Entréme donde no supe*” y “*Qué bien sé yo la fonte*”. En esos textos no hay nada que sea personal o cristiano. Por eso pudo escribir lo siguiente el espiritual cristiano John Chapman, que vivió en la primera mitad del siglo veinte y fue un gran guía y acompañante de personas en el camino espiritual: “*San Juan de la Cruz se parece a una esponja impregnada de cristianismo. Si se la estruja quedará la pura teoría mística. Por ello, durante quince años rechacé a Juan de la Cruz, teniéndole por budista. Me gustaba santa Teresa y la leía y releía una y otra vez. Ella es en primer lugar cristiana y solamente en segundo lugar mística. Luego caí en la cuenta de que había desperdiciado quince años en lo que se refiere a la oración*”. Juan de la Cruz me ha acompañado a lo largo de decenios, y puedo decir que coincido plenamente con la declaración anterior.

***¿Así que la consumación de nuestros anhelos puede encontrarse en todas las religiones, aunque les hayan dado nombres distintos?***

Todas las religiones son caminos que llevan a la experiencia de lo divino, pero ninguna de ellas puede afirmar que posee el acceso único. Me gusta ilustrarlo con una imagen: las religiones son como las hermosas vidrieras de colores de una iglesia; dan una estructura determinada a la luz que está detrás, que trasluce a través de ellas. Si no hay luz, resultan insignificantes e incoloras. Por eso, la luz es lo realmente decisivo, pero no podemos verla con nuestros ojos. La luz hace visible, pero en sí es invisible. Solamente

será visible al descomponerse en colores, estructurándose. Lo mismo ocurre con las religiones con referencia a lo divino: dan a lo incomprensible una estructura comprensible. El precio que las religiones tienen que pagar por ello consiste en la reducción de lo divino a un sector del espectro, y sería insensato tomar este sector por la totalidad. Tan insensato como creer que las vidrieras tienen una capacidad de iluminar independiente de la luz que las ilumina. Pero, a la inversa, también hay que considerar que la luz tiene que descomponerse en el espectro si no quiere solamente iluminar sino también hacerse visible. Dios reluce en las religiones, pero nunca se le experimentará en ellas en la plenitud de su luz si no están abiertas a la posibilidad de una experiencia.

***¿Para experimentar directamente lo que denominamos Dios tenemos, pues, que salir de la oscuridad de la iglesia y aventurarnos a la intemperie?***

Siguiendo con la imagen anterior, no creo que exista para nosotros lo divino más allá de la estructura y la refracción. No se puede reconocer algo que no sea una faceta de lo Uno. La realidad una es siempre todo. Dios existe como forma y no forma. Igual que la luz no se puede reconocer sin que ilumine algo, tampoco existe Dios sin forma. Allí donde nada se ilumine, tampoco se ve la luz. Más aún, hoy en día sabemos que lo que llamamos “iluminado” no es, en realidad, otra cosa que luz concentrada. Dicho de otra manera, es nada más que luz. Y la luz aparece al iluminarse a sí misma. Lo mismo ocurre con Dios. No hay otra cosa que Dios, pues Dios mismo es el ser. Y todo lo existente es una manifestación del ser: ser concentrado, por así decir. Y esto es lo que experimenta el místico. No experimenta el Dios puro, desnudo, más allá de las religiones; no se coloca delante de la puerta de la iglesia para mirar al sol (si lo hiciese arruinaría sus ojos, como nos cuenta Platón

en el mito de la caverna). Experimenta más bien que todo es manifestación de Dios, la concentración del ser divino, incluido él mismo. El cosmos es la epifanía de Dios. Por ello, la mística verdadera trasciende también la doctrina del *karma*. Causa y efecto son formas de la manifestación de lo divino. Si existiera el renacimiento, renacería solamente el principio divino originario. Pero ni la mística de Oriente ni la de Occidente hablan de renacimiento. Aquí y ahora es el instante intemporal de Dios. Hace poco una persona me echó en cara que yo degradaba al ser humano a una especie de caldera de calefacción para calentar agua. No se había dado cuenta de que somos también el agua que pasa a través de la caldera.

### *¿Cómo hay que entender esto?*

Dios y ser humano se corresponden como oro y anillo. Son dos realidades bien diferentes. El oro no es el anillo, el anillo no es el oro. Pero en el anillo de oro sólo pueden existir juntos: son coexistentes. El oro necesita una forma para aparecer y el anillo necesita un material para resultar visible. Son *no dos*. El oro se manifiesta como anillo. Igualmente Dios se manifiesta como ser humano; sólo pueden aparecer juntos. He ahí donde radica para mí el sentido de la encarnación de Jesús. En él deberá hacerse visible que todo es encarnación de Dios, desde los *quarks* y *leptones* hasta las formas puramente espirituales de las que no tenemos ni idea. Somos “personas divinas”. También podría decir: Dios se ha manifestado como ser humano.

### *¿Nosotros mismos somos Dios?*

Sí. Aunque para los cristianos esta frase parezca escandalosa, cuando no herética o arrogante. Pero esto se debe al hecho de suponer que el místico pronuncia esta frase desde su consciencia del *yo*. En realidad la frase tiene su ori-

gen en la experiencia de unidad donde ya no hay ni *yo* ni *tú*. Además, la sospecha de herejía proviene del hecho de que el cristianismo entiende como “Dios” algo muy diferente de lo que acabamos de llamar “lo divino”, la realidad primera, la consciencia cósmica o, precisamente, “Dios”. El cristianismo entiende bajo el término Dios, por definición, un ente frente a nosotros. Pero esta idea teísta de Dios tiene solamente sentido mientras nos movemos en el nivel racional de la consciencia. Únicamente allí se necesita a un Dios que redime de una manera determinada. Desde la perspectiva de la mística, esta explicación de la redención es una metáfora del acontecimiento que ocurre en la experiencia mística. La salvación está siempre presente; en la experiencia mística el ser humano irrumpe en ella.

***¿Con ello, hay que decir adiós a la enseñanza clásica sobre la redención?***

No. La religiosidad tiene diferentes niveles. La humanidad permanecerá todavía por mucho tiempo en un nivel religioso en el que solamente podrá imaginar la salvación como la redención por un redentor. Esta afirmación no supone ningún menosprecio, pero todo creyente tiene que aceptar el hecho de que existe un nivel de consciencia que trasciende su visión religiosa del mundo. Si se da cuenta de esto y, en una situación determinada de su vida, le surge la pregunta sobre el sentido de la vida, entonces estará preparado para encaminarse por el sendero interior, que no es otro que el espiritual.

***¿Qué ocurre entonces en ese sendero?***

Primero ocurrirá lo que los místicos denominan proceso de purificación. Utilizando términos psicológicos podríamos hablar de un proceso de individuación, en el cual la psique se hace transparente a todos los bloqueos psíquicos

y a los condicionantes que han surgido debidos a la educación, la socialización y la enseñanza religiosa. Hay que saber que no se trata de deshacerse de todos estos aspectos, sino de hacerlos conscientes y de aceptarlos. El proceso de devenir transparente conlleva una transformación de la identificación, especialmente en el ámbito religioso. Se hará pedazos el Dios del cielo al que rezábamos cuando éramos niños. Y más de uno lanzará entonces un suspiro como lo hiciera Nietzsche: Dios ha muerto. En realidad no ha muerto Dios, sino una imagen determinada de Dios. Hay una canción de Claudia Mitscha-Eibel que expresa perfectamente los sentimientos de la gente de hoy: *En el cielo reina ahora el silencio, no se oye ninguna palabra. El que estuvo allí ¿ha muerto?, ¿o se marchó a escondidas?* Esta situación supone una carga emocional muy fuerte para muchas personas. Ya no saben a qué agarrarse. Pero esta crisis ya contiene en sí misma el impulso hacia la siguiente etapa del camino interior, pues entonces comienza, según la tradición religiosa, la fase del vaciamiento de la consciencia o de la unificación de la consciencia.

### *¿En qué consiste esta nueva etapa?*

En el camino de la unificación de la consciencia se trata de dirigir el flujo mental en una dirección determinada. Esto se puede hacer mediante la concentración en un sonido, en una palabra o, en el ámbito asiático, en un mantra, o también realizando determinados movimientos; siempre se trata de enfocar la consciencia, que generalmente está muy dispersa. El otro camino busca el vaciamiento de la consciencia, en cuyo caso se trata de que cese toda la actividad del yo: tan sólo hay una presencia muy despierta; los pensamientos van y vienen sin que la mente se agarre a ellos. Pero esto no resulta fácil, porque nuestro intelecto está acostumbrado a entretenerse con las impresiones que le llegan, a estructurarlas y a seguir ocupándose de ellas.

Ambos caminos llevan a un punto en el que el *yo* se da cuenta de que en realidad no es lo que hasta ahora solía creer que era. La identificación con el ego se derrumba y se da el conocimiento de que la identificación verdadera va mucho más allá de nuestro propio ego. Entonces se está en el umbral de la experiencia que he descrito al principio, cuando decía: la ola ya no se experimenta como parte del mar, sino que ya es sólo mar, unidad sin nada enfrente.

***¿Pero no existen también experiencias espirituales con un ente frente al sujeto? Estoy pensando en vivencias de fusión como se dan en el chamanismo.***

Sin duda, en el chamanismo la identificación corriente con animales u otros seres es un medio de trascender la estrecha identidad del ego. Pero creo que también es un obstáculo, porque es muy grande el peligro de que el iniciado se quede estancado en este nivel, desplazando simplemente su identidad, sin alcanzar la experiencia mística de unidad. La dualidad no se trasciende así. Por ejemplo, estoy acompañando a una mujer que practica el camino chamánico, y en él tuvo, en una ocasión, una visión luminosa que le resultó extraordinariamente importante. Se quedó anclada en esta experiencia, incapaz de trascender su *yo*, que se sintió ennoblecido por esta visión. Es como si se hubiera quedado parada en la antesala del templo, incapaz de dar el paso hacia la experiencia de unidad.

***Así que desaconsejaría usted las prácticas chamánicas.***

Por lo menos señalo sus peligros. Y el peligro mayor consiste en quedarse a mitad de camino. Además, esto no me lo he inventado yo; las tradiciones místicas de las religiones más importantes siempre han puesto de relieve el peligro de dar demasiada importancia a los efectos espirituales secundarios, tales como la telequinesia, la precogni-

ción, las visiones, los éxtasis, las levitaciones, las supuestas vivencias de reencarnaciones y cosas similares. Por supuesto, experiencias de este tipo pueden ser importantes para una persona o incluso para un grupo, pero no son la meta. Y, sobre todo, no se deben interpretar erróneamente como un signo de haber sido especialmente elegido. Porque, a fin de cuentas, las capacidades parapsicológicas no tienen mucho que ver con la espiritualidad. Se trata de potencias que, de una forma rudimentaria, poseen todas las personas pero que algunas son capaces de desarrollar y otras no, del mismo modo que hay personas dotadas para la música y otras que tienen esta disposición natural menos desarrollada.

*¿Existe algo así como un talento místico gracias al cual las personas tienen experiencias transpersonales de unidad sin haber seguido el camino espiritual de alguna religión?*

A cualquier persona le puede sobrevenir tal experiencia sin preparación alguna. No es necesario practicar un ejercicio espiritual determinado. Estoy pensando en personas como Hölderlin, Rilke o Nietzsche; este último tuvo su “iluminación” junto a la roca de Sils María. Probablemente su declaración “Dios ha muerto” es expresión de una experiencia mística auténtica. Pero, viendo el ejemplo de Nietzsche, nos podemos hacer una idea de las dificultades extraordinarias que puede acarrear la irrupción inesperada en el nivel transpersonal. Porque, a menudo, las personas carecen de un sistema de coordenadas para ubicar sus experiencias, o bien rechazan una interpretación religiosa por motivos ideológicos. Para Nietzsche resultó impensable interpretar sus experiencias del ser dentro de un contexto cristiano o, en general, religioso. Así que se le puede considerar un místico que se quedó a mitad de camino, que irrumpió en el ámbito transpersonal pero luego perdió la orientación.

## ¿Podría aclararnos esto un poco más?

Me refiero al texto escrito por Nietzsche en su “Ecce homo”: “¿Qué hacemos con el resto de nuestra vida, nosotros que pasamos la mayor parte de ella en la ignorancia más esencial?” ... Y sigue diciendo: “Ahora quiero contar la génesis de ‘Así hablaba Zaratustra.’ La concepción básica de esta obra, la idea del eterno retorno, la fórmula más alta de afirmación que se puede alcanzar, tuvo lugar en el mes de agosto del año 1881. Figura en una hoja con la indicación: ‘a 6.000 pies más allá de los hombres y del tiempo. Aquél día me paseé por los bosques del lago Silvaplana. Me paré al lado de una roca imponente, en forma de pirámide, no lejos de Surlei. Si, desde la perspectiva de aquél día, miro los últimos meses anteriores a él, encuentro como presagio un cambio profundo y decisivo en mis gustos, especialmente en relación con la música... Y prosigue: El término revelación describe realmente el hecho, en el sentido de que algo se hace visible y audible, de forma repentina y con una seguridad y sutileza inefables, algo que nos estremece y conmueve. Se oye, no se busca; se coge, no se pregunta quien lo da; cual relámpago aparece un pensamiento, con urgencia, en el acto, –nunca he tenido la posibilidad de elección–. Un gozo cuya tremenda tensión se deshace a veces en un río de lágrimas; en la que los pasos, sin querer y de forma alternativa, se vuelven muy rápidos o lentos; una manera de estar fuera de mí mismo, con la sensación de un sinfín de escalofríos y estremecimientos...; un gozo muy hondo en el que lo más doloroso y sombrío no resulta antagónico, sino relativo, como un desafío... –la duración, la necesidad de un ritmo muy amplio es casi la medida del poder de la inspiración... Todo ocurre en un grado máximo, involuntariamente, pero con el ímpetu de un sentimiento de libertad, de algo incondicional, de gran fuerza, divino... Parece, recordando una frase de Zaratustra, como si las cosas mismas se acercaran realmente, ofreciéndose como una alegoría”.

Nietzsche expresa aquí la gran conmoción de muchos místicos, que en un primer momento no saben lo que les



ha ocurrido. Están conmovidos, pasan por el cielo y el infierno. Al principio resulta difícil hacer compatible la vida cotidiana y lo que se ha contemplado; parece imposible aplicarlo prácticamente en la vida. Regirse por una sensatez virtuosa deja de tener sentido. Y todo esto le sucede a una persona que no lo ha buscado.

***Nietzsche, por lo menos al principio, disponía de la energía intelectual necesaria para verter sus experiencias en palabras y assimilarlas de este modo. ¿Pero, qué ocurre con personas menos creativas cuando les sobreviene una experiencia mística?***

Como han traspasado las fronteras conocidas de su identidad egóica, a menudo caen en una inseguridad amenazadora, que será tanto mayor en la medida en que esas personas carezcan de un marco de interpretación religioso que les permita integrar sus experiencias en su vida y en su comprensión religiosa. Por eso, más de uno comienza un tratamiento psiquiátrico, porque cree que se está volviendo loco. Ni siquiera un psicólogo tan profundo como Sigmund Freud sabía cómo manejar las experiencias transpersonales, considerándolas anormales y psicopáticas.

***Pero esto no solamente le ha pasado a Sigmund Freud. Repasando la literatura mística llama la atención las veces que se habla de grandes angustias y fases de sufrimiento. Para ello, Juan de la Cruz ha acuñado la metáfora de la “noche oscura” que el místico tendrá que atravesar en su camino hacia Dios. ¿No es la mística, a fin de cuentas, algo que da miedo?***

No. Lo que Juan de la Cruz vivió y sufrió fue un largo camino de purificación. He estudiado profundamente sus textos maravillosos y siempre me ha dado la impresión de que su camino no le pudo resultar nada fácil, teniendo en

cuenta su biografía. De su vida sabemos que pasó una infancia y juventud difíciles. Creció en el mundo estrecho y amenazador del catolicismo español de la Inquisición, pero no se encontraba a gusto en él. Hay una poesía suya preciosa que comienza con las palabras: *Entréme donde no supe*. No fue nada fácil para él seguir siendo fiel a su experiencia debido a la Inquisición, a la que tuvo que enfrentarse cuatro veces; se trataba de una emancipación cuyas dificultades no nos podemos ni imaginar hoy en día, pues Juan de la Cruz no tenía ningún apoyo, ningún sostén, nada a qué referirse. Su compañera, Teresa de Jesús, tuvo menos dificultades. No le importó utilizar la terminología cristiana para expresar sus experiencias místicas. Juan de la Cruz también lo hizo, pero es en sus poemas, en los que frecuentemente están ausentes los términos religiosos, donde se le aprecia como místico auténtico. También esto forma parte de su “noche oscura”.

***¿Quiere decir con esto que ese lado oscuro de la mística no tiene que constituir necesariamente una etapa del camino interior?***

En relación con la “muerte de Dios”, en el transcurso de la subida espiritual pueden presentarse angustias, horrores, sensación de estar totalmente abandonado, y de desesperación; pero no se tienen que dar necesariamente. No son pocos los que alcanzan la cima con gran facilidad y, una vez allí, estallan en una risa estrepitosa. Mi Maestro Zen, Yamada Roshi, al hacer su experiencia decisiva se pasó tres días riendo ininterrumpidamente. Como es fácil imaginar, su mujer creyó que se había vuelto loco; pero no era así. Reía porque la “iluminación” le resultó muy fácil, porque él había “despertado” cayendo simplemente en la cuenta de que la realidad puede ser totalmente banal y, al mismo tiempo, completa. Y entonces, de golpe, le resulta a uno ridículas toda la teología y la filosofía que ha culti-

vado. O sea, el camino espiritual tiene diferentes características según la persona, y el modo de recorrerlo dependerá de la disposición psíquica de cada uno.

*A la vista de lo que acaba de decir parece infundada la opinión generalizada de que la mística tenga siempre un cariz muy serio.*

Desde luego que no hay motivo para esta opinión. Pero ya ve, es un indicio más de la tergiversación de la mística en Occidente. También puede haber influido el hecho de que la Iglesia Católica haya establecido unos criterios bastante extraños para la santidad. Rara vez nos encontramos con un santo que ría; lo que se pide a los santos es una virtud extraordinaria, actuaciones milagrosas y cosas por el estilo. Pero todo ello no tiene nada que ver con experiencias místicas. Más bien se trata de un catálogo de requisitos que no pueden aplicarse a los místicos. Justo lo contrario: muchas veces los místicos han sido rechazados por no responder al código moral de una época determinada porque, aunque generalmente se ajusten a las convenciones y normas existentes, lo hacen a sabiendas de que todo ello es tan sólo provisional y relativo.

*Pero están los llamados “santos locos”, personas que no reparan en las convenciones por haberse dado cuenta de lo relativo de todo lo terrenal.*

Sí, existen, y su conducta suele desconcertar bastante a sus coetáneos. Nos llegan muchas anécdotas desde Oriente sobre este tipo de “santos locos”; por ejemplo, el Maestro Zen Ikkyu, que iba a los burdeles para convertir a las mujeres que trabajaban allí. Y, si pensamos en los relatos que conocemos sobre Jesús, nos encontramos con innumerables episodios que debían resultar tremenda-

mente escandalosos a los ojos de sus contemporáneos: comía con mujeres de dudosa reputación, se reunía con los publicanos, que estaban muy mal vistos, e incluso llegó a desconcertar a sus propios discípulos al permitir que le perfumaran con aceites de gran valor en vez de dedicar ese dinero a los pobres.

***Suena como si la experiencia mística conllevara el abandono de toda pauta de moral social. ¿Viven los místicos más allá del bien y del mal, por citar nuevamente a Nietzsche?***

La experiencia mística transforma a la persona radicalmente. Nos hace ver que todas nuestras normas morales están relacionadas con nuestras autoidentificaciones, que dependen a su vez del nivel de consciencia en que nos encontremos. En un nivel de consciencia transpersonal, se modifica nuestra comprensión y, con ello, también nuestra idea sobre la moral. O, mejor dicho, para la persona que ha tenido una experiencia mística, la moral se relega a un segundo plano, pues ahora se ve invadida por un amor global hacia todo y hacia todos. El amor se convierte en la norma determinante de todas sus actuaciones. Para estas personas vale la frase de Agustín: *Ama et fac quod vis*: “Ama y haz lo que quieras”. Y podríamos añadir: “da igual qué cosa hagas” porque, si tu obrar está impregnado del espíritu del amor, cumplirá por sí solo todo lo que dicta la moral y no pasará por alto intencionadamente ningún uso o costumbre, ya que ello no sería compatible con el amor global.

***¿Y si las convenciones morales van totalmente en contra del espíritu del amor?***

La consciencia mística apunta a la unidad. Quien se experimenta como uno con el prójimo tendrá una base totalmente nueva para la moral. El amor es la realidad

auténtica e, incluso cuando las personas se han alejado de la experiencia de la realidad primera, sigue siendo eficaz como energía creativa de la evolución y del desarrollo de la cultura. Y, como tal, se introduce en las convicciones morales de las culturas y religiones. Por otra parte, este es el motivo de que las religiones apenas se distinguan en sus exigencias éticas, como lo intenta demostrar Hans Küng en su proyecto “Weltethos” (“Una ética mundial”).

***¿Pero, no significa esto que la observancia de los mandamientos morales conduce necesariamente a la experiencia de lo divino?***

No. Aunque la ética cristiana diga: *si te comportas bien, verás a Dios*, en realidad no resulta tan sencillo. Los mandamientos morales pueden ser una ayuda en el camino interior, pero no constituyen una garantía para la experiencia mística. Al contrario, siempre conllevan el peligro, para la persona, de vincularse demasiado a la disciplina moral y a la ascética, y de quedarse apegada a su *yo*. Porque es el *yo* el que quiere ser moral, esperando alcanzar de esta manera el cielo.

***Vista así, desde la perspectiva de la mística, parece fundamentada la objeción protestante contra toda forma de justificación por las obras.***

Así es. También se basa en este enfoque la crítica del abuso de las indulgencias. En el protestantismo sólo resulta problemática su convicción, que también se da en el catolicismo, de que el *yo*, a fin de cuentas, tiene que estar justificado ante Dios. Pero no es así. La tarea del *yo* consiste en relegarse para dejarle sitio en la vida a la realidad primera: permitir que Dios llegue al mundo. O, como lo expresa Eckhart: *“Pues bien, querido hombre, ¿qué daño te hace si le permites a Dios que Dios sea Dios en ti?”* (Sermón 6).

*¿Es el “devenir Dios” de la persona lo que llama usted en sus libros “sacramento del momento”?*

Sí. Dios sucede en el aquí y ahora. Únicamente en este preciso instante es posible la comunión y la comunicación con Él. La vida es la religión auténtica; es la consumación de Dios. Dios se revela en las situaciones menores exactamente igual que en las que llamamos elevadas. Meta de toda mística es comunicar allí con Él. En rezos y rituales celebramos tan sólo esta realidad. Si celebro la eucaristía con el pan y el vino encima del altar, celebro la unidad de Dios y creación. Pan y vino no son más que los exponentes del universo, desde el átomo hasta la pura conciencia. Celebro lo que ya es desde siempre. Las palabras dichas sobre el pan y el vino son solamente la confirmación, no una transustanciación. Y cuando bautizo, digo a los padres y a los padrinos: *he aquí que el cielo se abre nuevamente, como ocurrió en el bautizo de Jesús, y una voz habla: “Éste es mi hijo amado, ésta es mi hija amada.”* No hay nada que se limpie, se confirma lo que es desde el principio: la unidad de Dios y persona.

En este contexto me gustaría citar a Rumi, uno de mis místicos favoritos: *“Si hay alguien que ama en este mundo, oh musulmanes, ése soy yo. –Si hay algún creyente o ermitaño cristiano, ése soy yo. –Los posos del vino, el escanciador y cantante, el arpa y la música, el amado y la vela, la bebida y también la alegría del bebedor, ése soy yo. –Los setenta y dos credos y sectas del mundo no existen en realidad: lo juro por Dios–. Todo credo, toda secta, lo soy yo. –El fuego infernal, podéis creerme, con sus antecámaras de llamas vivas, sí, y también el paraíso, el jardín del Edén con sus vírgenes paradisíacas, lo soy yo–. Esta tierra, este cielo y todo lo que abarcan: ángeles, sílfides, genios y la humanidad entera, lo soy yo.*